

Antonio de Undurraga

Poesía convivencial

I.—Poesía de hoy: poesía convivencial.



UNA actitud vital de exaltación jubilosa o de exaltación melancólica; una actitud de lucha intelectual que es paralela al filosofar, pero que lo rehuye; que si toma el camino de la meditación sólo la acepta en función de imágenes: metáforas, tropos, alegorías, es la que nos lleva a escribir poesía.

En suma, nos conduce a la poesía un acto vital de fe en el hombre, en la verdad, en el lenguaje, como expresión de un ímpetu de vivir un tiempo y un espacio humanos encuadrados por la época en que mora o existe el poeta.

Por ello, toda poesía debe ser rigurosamente actual: a una rosa no se la puede cantar «ni hacer florecer en el poema», en la misma forma en dos épocas distintas; por ello, toda poesía debe representar e interpretar un

momento de sociabilidad, un temperamento psicológico de época, una faceta de la misma, y en las épocas en que la sociabilidad adquiere caracteres especiales de complejidad—como la presente—la poesía puede y debe tomar, más intensamente, esta complejidad como material de trabajo y ser, entonces, convivencial. Por eso, yo proclamo y exijo para la hora de hoy—caótica e inconexa en las relaciones humanas—una poesía convivencial.

II.—Crisis de hoy en la poesía.

El planteamiento cristiano (de ayer), de que la pobreza era una virtud, fué reemplazado por otro que dijo que la pobreza era un vicio social que debía ser eliminado por la abundancia y los altos niveles de vida.

El cristiano ofreció como compensación el cielo, un cielo ultraterrestre, y el sociólogo del siglo XIX, la técnica y un nuevo esquema de organización de la colectividad. Al cristiano no le interesó el problema del tiempo y del espacio, pues el cielo está al margen de ambos. Es un reducto metafísico. Está más allá de lo físico.

Pero el sociólogo contemporáneo, levantó el mito nuevo de la abundancia indefinida por medio de la técnica y olvidó algunas premisas fundamentales: el tiempo, el espacio, el crecimiento alarmante de la población mundial: el hombre se multiplica hoy como las

ratas blancas o negras, y no habrá ninguna técnica, ni sociólogo capaz de solucionar los problemas materiales, económicos del mundo (1). A lo sumo, sólo podrá aliviarlos.

En la Edad Media, el planteamiento cristiano de la pobreza como virtud y la certidumbre que se puso en él, impidió un avance de la poesía. Fué, en alta medida, innecesaria. Innecesaria por cuanto la poesía sólo puede subsistir en una sociedad con egos, con yos expandidos, libres, en la que convivan filósofos disímiles y en la que cada uno de ellos sea un discreto dios que cree su cosmos, su mundo doctrinal, a veces en pugna con el mundo de las ortodoxias oficiales y excluyentes. Porque—como ya lo planteamos—si bien la poesía rehuye el acto de filosofar, no puede subsistir en toda su esencia y fuerza creadora, sin ideas, ni tampoco puede subsistir en función de una idea oficial única, sea política, sociológica o de otra índole (2).

De modo que tuvo que llegar el Renacimiento con su ímpetu vital, su fe en el hombre, su empuje liberta-

(1) Según Norris E. Dodd de la Unrra, la población mundial aumenta en 55,000 personas por día. Y según la oficina de censos de Estados Unidos la población de América Latina crece en tres millones de habitantes por año. Finalmente, Japón tiene un aumento de 100,000 personas por mes.

(2) La Edad Media tuvo en el aquelarre, el sábado negro y otras actividades, un sustituto liberador de tipo mágico y lindante con lo poético de base onírica.

rio (3), para que renaciera la poesía, y el habla española tiene a Fray Luis de León y San Juan de la Cruz, que conocieron las cárceles en virtud de la presencia de un pensamiento único y de un arte cristiano dirigidos que se oponían—incluso utilizando la hoguera como instrumento—a una expansión del yo del hombre en función de la libertad de pensamiento, o del propio yo del hombre, o de los ideales paganos de la época renacentista.

Hoy, que la consigna cristiana de la pobreza como virtud, en gran parte, ha sido reemplazada por el mito de la abundancia material ilimitada, la economía dirigida, el arte dirigido (no el arte por encargo), etc., y que la individualidad del hombre ha sido rebajada por los campos de concentración, el enganche obligatorio, el rítmico paso de muerte de los ejércitos, el hocico todo de diamantes zumbadores de los aviones de combate, el trabajo esclavo o semiesclavo, destinado a crear la abundancia indefinida, y en que el hombre no puede viajar ni cruzar fronteras, ni escoger, con mucha

(3) Ver la nota del autor intitulada: «La democracia como fuente de la poesía contemporánea». Revista «Caballo de Fuego», N.º 7.º, julio de 1950, Buenos Aires. Ver, asimismo, el poema de Antonio de Undurraga intitulado: «Sinfonía del traje único» (libro «Red en el Génesis». Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1949), en que se hace el elogio a la dignidad de llevar un solo traje, en forma convivencial, ante la inutilidad del mito de la abundancia imposible, y ante la caducidad del antiguo esquema cristiano de la pobreza como virtud.

libertad, sus tareas, igual como sucediera hace miles de años con los peones faraónicos, bajo o en presencia de este cuadro—recapitulo—la poesía ha perdido su cátedra o su necesidad, su mensaje vital de júbilo, de énfasis, de fuerza liberadora del hombre en el tiempo y en el espacio, de fuerza que no necesita crear mitos en la técnica, ni en la abundancia indefinida e imposible, para llevar al hombre paz, gozo, esperanza, porque la poesía, entidad metafísica por excelencia, que tiene su ariete en la imagen, y que lucha por la verdad, y que es veloz como el sueño del hombre, y que es un sueño producido en estado de vigilia, hoy debe volver a ser la linterna que no se apaga, ni cuya electricidad debe cesar, y el poeta debe defenderla de los mitos que la ahogan, y el educador—por medio de la educación estética—de la incompreensión de un cuantioso número de seres que no están capacitados para llegar a ella.

He aquí el patético y doloso destino del poeta: libertar al hombre de los mitos que enajenan su libertad; ser el Prometeo de hoy y de siempre, que no sólo está obligado a crear poesía—pan metafísico y estético del hombre para el hombre—sino que también a defender las condiciones de libertad y evolución de la fantasía y el pensamiento humanos, para que sea posible la creación poética.

He aquí, en suma, su doble labor prometeica: fundir las cadenas de los mitos, sistemas, sociologías e iglesias que envejecen, y crear o cantar, simultánea-

mente, las nuevas situaciones, doctrinas, esquemas o planteamientos de júbilo vital, de esperanza humana, de superación humana, de serenidad humana, de una nueva y más alta convivencia humana (4).

(4) Texto leído en las «Jornadas de Poesía», organizadas por el Sindicato de Escritores de Chile. Santiago de Chile, 11 de diciembre de 1951.